

Mozart

HACIA LA PERFECCIÓN MUSICAL

ROBERTO KRETSCHMER

Mozart no fue un revolucionario ni un precursor. Mozart fue un consumidor, posiblemente el más completo que ningún campo del arte haya conocido hasta ahora. En *La Violenta* (*Das Veilchen*, K-476 sobre letra de Goethe) está ya el germen del Lied de Schubert, y en *La Flauta Mágica* ya se presagia la ópera wagneriana. Pero la esencia de la obra mozartiana es que lleva a la perfección algo que nació en el Mediterráneo, en Italia, y que fue desarrollándose allende los Alpes en forma cada vez más compleja.

Se antoja pensar que sus contemporáneos italianos no querían creerlo y los alemanes no podían creerlo. Quizás quien mejor retratara a Mozart como genio musical fuera G. B. Shaw, quien al celebrar el centenario de su muerte (1891) apuntara que Mozart no creó un mundo nuevo ni revolucionó la música, sino que consumó y llevó a sus últimas consecuencias un mundo musical que encontró ya esbozado sin que sus contemporáneos se percataran totalmente de ello. A nosotros nos tomó más de 100 años, y romper la barrera de Beethoven, para enterarnos.

Al llevar a su más perfecta expresión un determinado lenguaje musical, Mozart se vuelve intemporal y definitivamente universal. Durante buena parte del siglo XIX, sin embargo, Mozart aún pasaba por un afectado músico rococó, incapaz de ser profundo por ser tan bello. Hay que señalar, en honor a la verdad, que hubo algunos contemporáneos de Mozart que reconocieron su genio singular.

Primero, Antonio Salieri (*figura 12*), esa personificación de la entronización temporal de la mediocridad. Aceptar públicamente la genialidad de Mozart hubiera sido equivalente a renunciar a los logros y canonjías que lo hicieron el dictador benévolo de la actividad musical en Viena. Por ello Salieri optó por reconocerlo en forma dosificada. La mediocridad no tendrá muchas virtudes, pero nadie pone en duda su capacidad de afirmarse y sobrevivir. En eso Salieri es humano, más que humano.

Más edificante resulta el reconocimiento de Joseph Haydn, 24 años mayor que Mozart. Al padre de Mozart, Haydn le dice: "...su hijo es el compositor más grande que conozco". La admiración fue recíproca. Mozart le dedicó seis cuartetos conocidos ahora como *Cuartetos Haydn* (K-387, K-421, K-428, K-458 (La Caza), K-464, K-465 (Disonancias), con una conmovedora y muy bella dedicatoria en italiano, que en alguna forma recuerda el prefacio del Quijote, toda vez que con modestia -rara en Mozart-le encarga a Haydn que cuide de sus "seis hijos", que él, como su padre, ve quizás injustificadamente bellos (*figura 13*).

Otro italiano que reconoció la genialidad de Mozart, fue Lorenzo Da Ponte, el judío veneciano, doblemente converso, factótum, libretista en Viena y muerto en Nueva York, donde llegó a ser profesor de italiano en la Universidad Columbia. Su tumba, como la de Mozart, tampoco ha sido encontrada.

De sus 47 libretos operísticos, Da Ponte reserva a Mozart sus tres mejores textos: *Las bodas de Fígaro*, *Don Gio-vanni*, y *Così Fan Tutte*, lo cual entonces no dejaba de ser un riesgo. Quizás intuyó que con música de Mozart vivirían para siempre (*figura 14*).

En estas tres óperas, Mozart y Da Ponte exploran -como Shakespeare, pero con delicioso e inagotable humor- casi todo el espectro de la condición erótica humana.

Finalmente, quien mejor y más completamente reconoció el genio de Mozart, fue Mozart mismo. En sus declaraciones y cartas no hay el menor asomo de duda acerca de su superioridad. Ni en sus momentos más depresivos (por ejemplo, al componer su soberbio quinteto para cuerdas K-516) cuestiona lo que estaba haciendo y cómo lo estaba haciendo.

Es fácil imaginarse que esta inalterable convicción se tornara a veces en arrogancia, y le granjeara más de una envidiosa enemistad. Así, no es justo decir que Mozart no haya sido comprendido por sus contemporáneos, sería más justo decir que difícilmente podrían haberlo comprendido en su universalidad.

Quizás tenía razón Federico Schiller al señalar que el reconocimiento y la adulación absolutas de los contemporáneos resultan sospechosas, y posiblemente apuntan hacia una acomodaticia mediocridad en el reconocido, la que se identificará sólo con el inexorable paso del tiempo.

¿Qué dirá la posteridad de nuestra reverencia por Picasso?

La controversia sobre Constanza

Otro grupo de distorsiones y mitos es el del infeliz matrimonio de Mozart con una mujer que no lo merecía, Constanza Weber. Aquí parece que se persigue el deseo del héroe célibe que no genera descendientes.

Ciertamente la pasión juvenil de Mozart fue la excepcionalmente bella y notable cantante Aloisia Weber, quien lo rechazó en 1777. Cinco años después, en Viena, Mozart se conforma con la física y musicalmente

menos agraciada hermana, Constanza Weber, dos años menor que Aloisia.

El compromiso ocurre en condiciones un tanto extrañas, posiblemente después de un sostenido y superficial flirteo, más que noviazgo, que tuvo lugar mientras Mozart se alojaba como pensionista en la casa de los Weber.

La extraña situación anímica de Mozart con respecto a su prometida queda aclarada en la forma un tanto condescendiente en que la describe en una carta a su padre (1782).

Es bien conocido que ni el padre ni la hermana de Mozart aprobaron su matrimonio, y la antipatía de ambos hacia Constanza jamás menguó. La tenían por negligente, superficial y frívola, y esos juicios han nutrido a la historia para crear una imagen por demás negativa de Constanza Weber, prima por cierto del músico Carl María von Weber (1786-1826).

La realidad parece diferente y Constanza podría ser un atractivo tema para las feministas actuales. El matrimonio duró nueve años (1783-1791), durante los cuales Constanza llevó a término seis embarazos, lo que equivale a decir que estuvo embarazada la mitad del tiempo que duró su matrimonio.

De los seis hijos procreados sólo dos vivieron (*figura 15*), Carlos Tomás hasta la edad de 74 años y Francisco Xavier -quien luego tomaría el nombre del padre agregándole *filius*- hasta la edad de 53 años. Ambos hijos intentaron una carrera musical, pero sólo el menor se profesionalizó, sin mucho éxito, y terminó su vida como modesto maestro de música y director de coros en la ciudad de Lembeg, ahora en Ucrania.

Ninguno se casó ni tuvo descendencia, pero no se puede decir que hayan llevado una vida infeliz o en la pobreza. Ambos estuvieron presentes en el descubrimiento (1842) de la estatua de Mozart a un costado de la Catedral de Salzburgo (*figura 16*). Francisco Xavier (Wolfgang Amadeus *fil.*) interpretó en esa ocasión una composición propia dedicada a la memoria de su padre.

Si Constanza no fue una buena esposa -lo que resulta dudoso, a juzgar por las tiernas y galantes cartas que le escribiera el único que podría decirlo: Mozart- lo que no se puede negar es que fue la comparsa ideal de los diez años más espléndidamente creativos del mayor genio musical que ha tenido la cultura occidental. Y como viuda fue excepcional: saneó las finanzas familiares en un tiempo sorprendentemente breve, vendiendo partituras (incluyendo alguna que otra no tan original), negociando una pensión imperial mejor que a la que tenía derecho como viuda del empleado Mozart, prestando dinero a interés, etc.). Así logró dar a sus dos hijos una muy buena educación.

Se casó en segundas nupcias con el barón Nissen al que conminó a escribir la segunda biografía *in extenso* de Mozart. Esta biografía desafortunada -si bien comprensiblemente- adolece de no pocos intentos de mejorar cosméticamente la figura de su genial marido, omitiendo por ejemplo toda alusión a sus inclinaciones patológicas por los juegos de azar, que tanto lesionaran la economía de la joven pareja.

Constanza Mozart-Nissen sobrevivió 50 años a Mozart, y de hecho vivió para ser fotografiada (*figura 17*). Falleció en Salzburgo en 1842 a la edad de 80 años, dejando a sus hijos una herencia de 27 mil florines (540 mil dólares actuales).

Acusar a Constanza Mozart de haber sido mala esposa, madre o viuda resulta doloso y actualmente insostenible. Si es que hubo infidelidades, ambas partes podrían sentarse en el banquillo de acusados para las averiguaciones que procedan, y Mozart merecería una investigación mucho más prolongada, la que probablemente terminaría concluyendo que las mismas no pasaban de ser meros flirteos.

Mozart y Constanza parecen haberse amado genuinamente durante esos breves años -si se quiere en su juvenil, desordenado y bohemio estilo-mucho más que lo que le es cómodo aceptar a los biógrafos distorsionadores, y algo menos de lo que les gustaría a los moralistas.

Cabe pensar que Constanza fue según el compañero en turno de su vida: bohemia y frívola con Mozart, frugal y ordenada con Von Nissen.